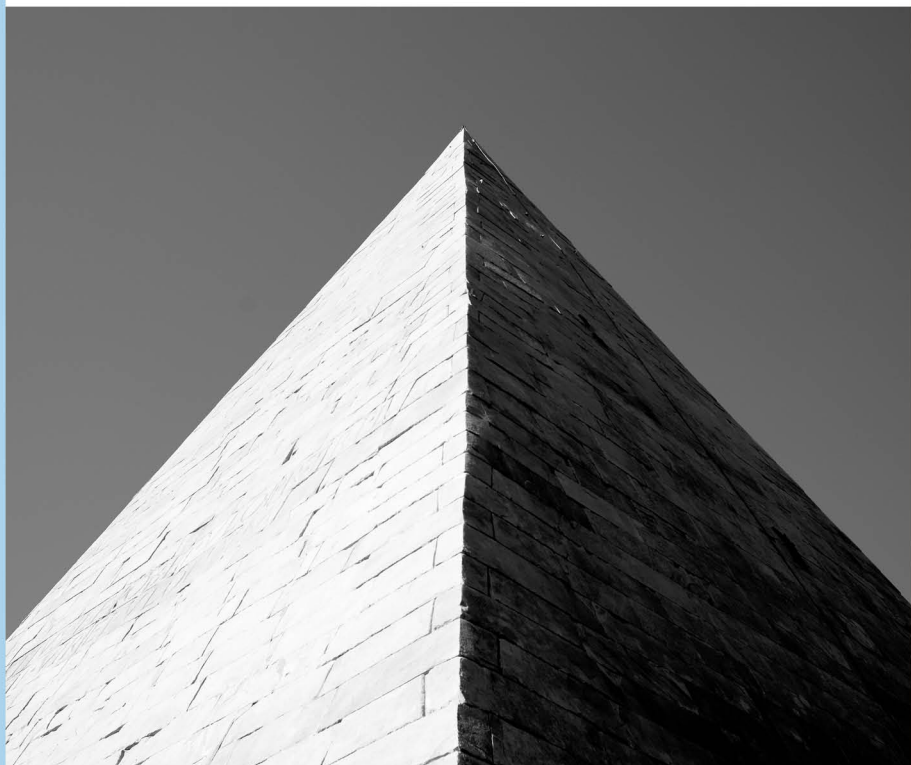


RICARDO LLADOSA

*Roma en el bolsillo*



¿QUIÉN NO HA SOÑADO ALGUNA VEZ  
CON EMPEZAR UNA NUEVA VIDA?



Roma en el bolsillo

Ricardo Lladosa

Roma en el bolsillo

COLECCIÓN  
LITERADURA



Primera edición: diciembre de 2023

© Ricardo Lladosa, 2023

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2023  
c/ Flamenco, 26 - 28231 - Las Rozas (Madrid)  
www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-127456-4-1  
Dep. Legal: M-32925-2023

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Pirámide de Cayo Cestio, año 12 a. C.*, © Pío Caro-Baroja

Producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

# Roma en el bolsillo

*A mi hija Laura, de imaginación desbordante.*

ROMA, PRIMAVERA DE 2019

*«Me miro como un ser nuevo de ojos desorbitados de  
asombro ante un mundo nuevo. ¡Es la aurora!»*  
EDITH WHARTON

## EL CUADERNO BLANCO

### I

LLEGÓ A ROMA UN DÍA de primavera. Hacía calor cuando entró en la notaría del señor Lombardi. Lombardi apestaba a tabaco, llevaba un anticuado traje gris de excelente calidad y frente a él había un cenicero de metacrilato repleto de colillas.

—¿Piero Hermil?

—Encantado, señor Lombardi.

Sintió cierta vergüenza al oír pronunciar su nombre, pues no veía a la tía Fabrizia desde la infancia. Había fallecido con ochenta y nueve años y él ni se había enterado. Tampoco asistió al funeral, al que solo acudieron un par de empleados del asilo.

¿Por qué no fueron el resto de sus sobrinos? ¿Dónde estaban Stefano, Simona, Paolo y Daniela? Según le contó en la notaría un trabajador del geriátrico, confidente de la anciana, el motivo de su ausencia fue que la tía les desveló el sentido del testamento antes de morir. Ella misma le aseguró a Simona, su ahijada, una tarde que fue a visitarla a la residencia, que Piero sería el heredero universal de sus bienes.

—¡Así lo dijo, tal cual! —continuó el empleado del asilo, que había recibido un pequeño legado.

Pero no añadió ni un solo razonamiento más, ni una sola explicación, de modo que Piero dedujo que las razones para nombrarlo heredero universal la tía Fabrizia se las había llevado a la tumba. En vano trató de encontrar esos motivos después de visitar la notaría Lombardi, puesto que nada le desveló el notario. Fumaba uno de aquellos cigarrillos negros sin filtro que anegaban el cenicero de metacrilato y, según le confesó, apenas recordaba a la anciana que un día se presentó en su despacho hacía más de dos años.

Piero rechazó llamar a Simona para preguntarle. Imaginó que, al igual que el resto de los primos, estaría muy enfadada. Él no tenía nada contra ninguno, pero lo cierto era que la relación se había roto hacía ya demasiados años, cuando sus padres se divorciaron y el padre se quedó con la custodia de Piero. Pocos años después moriría su madre, Zinerva Campolieri, en accidente de tráfico. Desde entonces, debido

a la mala relación del abogado Fabio Hermil con su familia política, ya no tuvo ningún contacto con ella.

Fabrizia era la hermana de su madre, la más anciana de los Campolieri. Su herencia consistía en una casa con jardín y unos ahorros en el banco, que le permitirían vivir en la Ciudad Eterna sin trabajar durante varios años. ¡Roma era suya!, pensó. Podría pasear por sus calles, visitar monumentos cuando quisiera y durante el tiempo que deseara; vivir sin horarios, pues no tenía obligación alguna. Y decidió comenzar a escribir cuanto le sucediera en cuadernos de tapas duras que llevaría siempre en su bolsillo.

Había resuelto olvidar su pasado, y que lo olvidara también el lector de este relato: no quería recordar sus años de cirujano cardíaco; no deseaba dar apenas datos sobre sí mismo, ni sobre lo vivido antes de su llegada a Roma. A menudo practicaba una amnesia deliberada y fingía no recordar dónde nació, ni quién era su padre, ni su edad, ni su profesión: nada.

Como acabo de contar, la casa de la tía Fabrizia, que abrió con la llave del notario Lombardi, era de un solo piso con un pequeño jardín trasero en la vía Cayo Cestio, frente al muro del cementerio Protestante de Roma, donde yacen enterrados los poetas románticos ingleses Percy B. Shelley y John Keats.

No había visitado la morada en décadas, pero todo permanecía más o menos como lo recordaba, tal como lo dejó



la tía Fabrizia a su muerte. Nadie había entrado allí. Todavía recordaba varias tardes de su infancia en que la visitó con su madre, pero eran recuerdos vagos y lejanos, como fotos fijas o como fragmentos de películas mudas.

La decoración y el mobiliario eran de los años cincuenta, la época en que Fabrizia acabó su carrera de Matemáticas y se trasladó a vivir allí sola, contra la opinión de los abuelos, según le contó su madre —un ama de casa que tampoco se llevaba demasiado bien con la tía—. De ahí que él apenas hubiera visitado la via Cayo Cestio.

Al entrar, Piero no quiso dar la luz, y en la penumbra de las persianas bajadas observó el interior repleto de anticuadas fotografías de sus tíos, de sus abuelos, de sus primos cuando eran niños o cuando se casaron. Todos eran fantasmas en feos marcos de plata deslucida. Le resultó curioso que ninguno sonriera, permanecían serios y miraban a la cámara, lo cual era como si lo miraran a él. Desde el pasado, desde el silencio de la muerte o de la ausencia, parecían reprocharle su presencia en aquel lugar.

Al principio pensó en quitar las fotos, era fácil meterlas en un cajón de la cómoda, pero, al descolgar la primera, se dio cuenta de que dejaba un cerco de claridad vainilla en la pared tras décadas sin pintar, y decidió volver a colgarla. Además, pensó, debía aceptar el pasado, admitir a aquellos seres que eran su familia, al menos desde el punto de vista

biológico. Si no lo hacía, tal vez sus lémures volvieran para encantar la casa, ofendidos porque les quitaba su espacio en las paredes, o sobre cómodas y mesas. De modo que resolvió, con cierta incomodidad, convivir con ellos a partir de entonces. Lémures era el nombre que daban los antiguos romanos a los fantasmas de familiares muertos en las casas. Más tarde, el biólogo sueco Linneo, allá por el siglo XVIII, decidió denominar de este modo a los misteriosos simios de grandes ojos naranjas que habitan la isla de Madagascar.

La via Cayo Cestio se encuentra en el Testaccio, un antiguo barrio industrial de posguerra que en la actualidad se ha convertido en distrito residencial. Además del cementerio Protestante y de la pirámide de Cayo Cestio Epulón, a tan solo varias manzanas se encuentra la porta di San Paolo.

Salió al jardín, de unos cien metros cuadrados en un estado de absoluto abandono. A los lados crecían macizos de peonías y de hortensias. Todos ellos estaban secos, con excepción de algunos que todavía daban flores malvas. ¿Debía recordar que había llegado a Roma a comienzos de la primavera? A su lado había una mesa y sillas de mimbre polvorientas pintadas de blanco. Cogió la manguera deteriorada y las mojó. Con unos clínex que llevaba en el bolsillo secó y limpió una para sentarse mirando a las plantas. En el centro había un pequeño estanque de aguas verduscas poblado por densas algas. A los lados se alzaban una higuera, un magnolio

y una morera que proyectaban sombras sobre el suelo arenoso.

Mientras contemplaba la selva del jardín, advirtió que había incumplido su propósito de olvidarlo todo. En el cuaderno no había escrito de su trabajo, ni de su residencia anterior, ni de su estado civil... Pero sí de su pasado: revelaba datos de sus padres, de la tía Fabrizia, de sus profesiones..., cuando había decidido lo contrario: que todo quedase oculto al lector, como si, antes de su llegada a Roma, nada hubiera existido. Pero ¿cómo cumplir semejante máxima en esa casa, donde todo recordaba a sus ancestros?

En cierto modo, se sentía defraudado consigo mismo. Se levantó de la silla y pasó frente a todos esos seres inertes que lo miraban desde paredes y portafotos para salir a la calle. Lo normal hubiera sido ir a una droguería a comprar productos de limpieza, o a un supermercado para proveerse de comida. Pero no hizo nada de eso, sino que caminó por la calle, bajo el sol primaveral, y llegó hasta la porta di San Paolo. El sonido de los coches y el aroma a hidrocarburos lo envolvieron. Frente a él estaba la pirámide.

Se trataba de un mausoleo de unos cuarenta metros de altura recubierto de mármol. El guarda le contó brevemente que Cayo Cestio había sido un magistrado cuya función fue organizar banquetes y rituales religiosos en tiempos del emperador Augusto. Al morir, quiso descansar a imitación

de los egipcios. Dispuso que sus tesoros se enterraran con él, como los de los faraones; pero, al igual que ocurrió con aquellos, el tesoro fue expoliado, hasta el punto de no quedar nada, tan solo algunas estancias vacías con pinturas murales. Por desgracia, le informó que el interior solo podía visitarse los sábados y había que reservar con antelación. El guarda era un tipo próximo a la jubilación que paliaba su aburrimiento contando historias poco veraces, según le pareció a Piero.

—Quizá encuentre usted alguna cámara secreta intacta desde la antigüedad.

El tipo guiñó el ojo y rio, como si Piero se las diera de arqueólogo. Aun así, reservó una visita para el sábado siguiente y continuó andando por la calle, hasta llegar a la entrada del cementerio.

Entregó un donativo en la puerta y entró. No era un lugar demasiado grande. Entre las tumbas, todas ellas en superficie, había altos cipreses, pinos y palmeras, alternados con macizos florales y arbustos. De pronto se dio cuenta de que, desde su llegada a Roma, había estado rodeado de muertos: la tía Fabrizia, sus abuelos, su madre, Cayo Cestio y ahora también el dirigente comunista Antonio Gramsci, Keats y Shelley, el hijo de este... Todos habían desaparecido en un instante u otro del tiempo.

Era un lugar bello y tranquilo. El sol se filtraba entre las ramas de los árboles y caía sobre plantas y tumbas. Los

muros amortiguaban el sonido de los coches, aislaban del anhídrido carbónico de las calles y creaban una atmósfera de silencio.

Aunque lo conocía, no recordaba el epitafio de Keats, que releyó lentamente: «Aquí yace un poeta que escribió su nombre sobre las aguas». Pensó que él también había escrito su pasado sobre las aguas o, más bien, alguien lo había escrito por él; pues, debido al trabajo de su padre, se había esfumado de aquella Roma en que nació y vivió hasta los dieciocho años.

Tampoco quería pasar allí demasiado tiempo, de modo que paseó un poco y salió lentamente por la puerta. Solo llamó su atención otra tumba más, una antigua lápida abandonada y devorada por la hierba en la cual se leía: «Jimmy White, Poet, 1822». Nunca había oído hablar de ese poeta, pero, si vivió en Roma hasta 1822, probablemente hubiera conocido a Keats y a Shelley.

Mientras caminaba hacia el supermercado para comprar productos de limpieza y comida, le dio por entrar en un cibercafé y buscó en Google a Jimmy White, pero con ese nombre no apareció el poeta, sino un jugador de *snooker*, variante inglesa del billar. Había otros muchos, mas no siguió indagando porque la búsqueda arrojaba nada menos que 428 000 resultados, y él deseaba volver al mundo real.

Al fin tenía un plan, sí: limpiar la casa de la tía Fabrizia y crear un hogar de la nada, de un lugar muerto. Cogió la esco-

ba, la fregona, las bayetas, los trapos, la lejía, el friegasuelos, la cera para los muebles. Fue una tarde intensa, en que acabó por completo agotado, descubriendo rincones y objetos que no hubiera advertido jamás a simple vista.

Pese a lo avanzado de la hora, aún brillaba el sol cuando se metió en la bañera. Por el anticuado teléfono de ducha salió agua ardiendo. Era una ducha antigua, de una época en la cual no se exigía el ahorro de agua, sino una buena presión para tonificar el cuerpo y, en efecto, el chorro ardiente cayó sobre la espalda de Piero abriéndole cada poro de la piel. Cuando se cansó, salió de la bañera en medio de una nube de vaho que se disolvía por el pasillo. Como acostumbraba, se peinó el pelo rubio con raya alta a un lado; se puso los pantalones chinos beis y la camisa blanca de corbata, se calzó sus mocasines Sebago marrones y caminó por el corredor en la penumbra del atardecer.

Junto al viejo tocadiscos, miró las portadas descoloridas y ajadas de los vinilos. Escogió la ópera *Nabucco*, que comenzó a resonar en el vacío de la casa. Pensaba tumbarse en el sofá, cansado tras la jornada de limpieza; pero la curiosidad lo mantuvo en pie y vagó de nuevo por la vivienda fijándose en cada detalle, mecido por la música de Verdi, que se tornaba intensa o tenue conforme se acercaba o alejaba del comedor.

Contempló la colección de *souvenirs* anticuados de su tía en vitrinas. Eran figuritas del meón de Bruselas, de la

sirenita de Copenhague, de las cataratas del Niágara... Pequeños recuerdos de viajes por el mundo. También se detuvo en la gran foto de los abuelos. Su abuelo Stefano, aviador de la Segunda Guerra Mundial, parecía mirarle con cierto cariño, pero también con orgullo y desdén, como si en la foto fuera consciente de que el padre de Piero se había divorciado de su hija siendo ambos jóvenes. Su abuela, en cambio, tenía la mirada soñadora. Una ligerísima sonrisa permitía colegir que aún creía en la bondad del ser humano, al menos en el momento en que se había tomado la instantánea. También vio al tío Stefano, hermano de su madre, vestido con la toga de licenciado en Derecho. La foto era del día de su graduación. El tío lo escrutaba esquivo, cual intruso que había penetrado en su santuario, en esa casa decorada al estilo de cuando él había concluido los estudios. Había en las fotos muertos de verdad; pero también muertos en vida, como sus primos, con los que no se hablaba desde hacía décadas. Temía que alguno impugnara la herencia de la tía Fabrizia. Aunque, según le había asegurado el notario Lombardi mientras fumaba uno de sus cigarrillos sin filtro, era difícil que las demandas prosperasen ante un juez.

El peor momento de la noche llegó cuando se encontró con el retrato de su madre. Había comenzado a sonar el célebre coro de los esclavos hebreos de *Nabucco* y la atisbó. La foto era lo suficientemente grande como para hacerlo. Vio en

sus ojos el desdén del abuelo, pero también el amor invencible de la madre. Ella, desaparecida hacía ya tantos años en aquel accidente de tráfico, parecía decirle: «Me abandonaste, quisiste irte con tu padre. Te odio y te amo». Sí, en su mirada había ira, pero ni un ápice de ruindad, no le culpaba de su divorcio ni del accidente: lo seguía amando a pesar de todo.

Cuando terminó de curiosear las imágenes, ya era noche cerrada, pero no quiso encender la luz, se limitó a subir las persianas y a correr las cortinas del comedor para que penetrara el resplandor de la luna. Frente a él vio el muro del cementerio Protestante, de un color entre gris perla y rosado. Le dio grima meterse en la cama de su tía, pues no había lavado las sábanas y sintió aprensión de tenderse bajo aquel cabecero de nogal labrado, probablemente era la cama de sus abuelos. De modo que, vestido como estaba y recién duchado, se tendió en el sofá y se durmió.

## II

Despertó tras ocho horas de sueño. Lucía un sol más propio del estío que de la primavera, el calor arreciaría durante la jornada. Tal como estaba, sin mirarse al espejo, se lavó la cara, remojó el pelo y salió de nuevo a la calle. Llevaba en los bolsillos la cartera, el cuaderno donde anotaba sus experiencias en